



<p>EDICION DE LUJO.</p> <p>—</p> <p>Dos reales</p> <p>AL RECIBIR EL NÚMERO.</p> <p>Año I.</p>	<p>DIRECTORA,</p> <p>LA BARONESA DE WILSON.</p> <p>—</p> <p>EDITORES PROPIETARIOS,</p> <p>J. CASTRO Y COMPAÑIA.</p> <p>Madrid 6 de Octubre de 1871.</p>	<p>EDICION ECONÓMICA.</p> <p>—</p> <p>Un real</p> <p>AL RECIBIR EL NÚMERO.</p> <p>Núm I.</p>
--	---	---

SUMARIO.

A nuestras suscriptoras.—*La viuda del cesante*, por Fernan Caballero.—*Revista de modas*, por la Baronesa de Wilson.—Explicacion de los grabados.—Efectos sueltos.—*La joya milagrosa*, por Juan Eugenio Harzembusch.—El pan nuestro dánosle hoy.—*Revista de teatros*.—Explicacion del figurin iluminado.—Explicacion del figurin negro.

A NUESTRAS SUSCRITORAS.

Al escribir las primeras líneas de *El Ultimo Figurin*, tenemos ya poderosos motivos para manifestar nuestra profunda gratitud, no sólo por la lisonjera acogida que el público ha dispensado á nuestras circulares y prospectos, sino tambien por el apoyo, la benevolencia y la eficaz cooperacion, de la prensa en general y de los más distinguidos escritores españoles y extranjeros, que con sus nombres y sus trabajos literarios nos impulsan, nos animan y forman la base del buen éxito de nuestra publicacion.

Fernan Caballero, la ilustre autora de la *Gaviota*, de *Clemencia*, de *Lágrimas*, y de tantas populares y preciosas obras, inaugura *El Ultimo Figurin* con una de esas sencillas, morales é interesantes relaciones, que tan admirablemente saben pintar todas las clases de la sociedad y que moralizando, despiertan el buen gusto hácia la lectura, teniendo además el doble mérito de ser original y escrita expresamente para las columnas de nuestro periódico.

Diariamente recibimos las mayores muestras de simpatías, y esto mismo, nos impone el agradable deber de procurar, en cuanto nos sea posible, corresponder á ellas.

Tanto de recreo como de utilidad real, serán las páginas de *El Ultimo Figurin*, las propagadoras de la amena literatura moral é instructiva, que tienda á desarrollar en el bello sexo el amor y el deseo á todo lo bello y lo noble, y que en las familias pueda dar ópimos frutos, formando el corazon y la inteligencia de las jóvenes, y ayudando á las esposas y á las madres en la trascendental y difícil tarea de crear, por medio de una educacion extensa y bien dirigida, el porvenir de sus hijos.

Además, procuraremos dar cabida en nuestro semanario, á todas aquellas labores que contribuyan á que las jovencitas ejerciten su imaginacion y su laboriosidad, instruyéndose en todo lo que más tarde constituirá la buena ama de su casa.

Tal es el objeto que nos proponemos y que con la fe por guia, con el buen deseo y con la fuerza de voluntad que presta el cumplimiento de un deber, llevaremos á cabo, confiados en que el público sabrá apreciar nuestros esfuerzos.

La Directora.

LA VIUDA DEL CESANTE,

POR

FERNAN CABALLERO.

Las murallas de Cádiz son un hermoso paseo, ancho, llano, sin el menor obstáculo ni tropiezo, en el que puede pasear descuidado un ciego, un distraído, ó el que, absorbiendo en contemplar la vista que ofrece, anda, como aquellos, sin brújula. Bajando por ella desde los cuarteles, se mira á la izquierda una fila de casas altas, alineadas, fuertes y uniformes como un regimiento prusiano, y á la derecha la

bahía, poblada de barcos anclados, inmóviles y mústios como presos. ¡Qué imagen de la fuerza bruta es el navío! Privado de su piloto, todo lo atropella, destroza y hunde, hasta que él mismo se pierde en desconocidas playas.

La costa opuesta aparece confusa como un recuerdo medio borrado, y al frente se extiende el mar, que la corteza de nuestra vista hace á cierta distancia unirse al cielo, no obstante de estar allí tan distantes como lo están aquí, y esto lo creemos por *fe*, como debemos creer otras muchas cosas que nuestra vista no alcanza ni nuestra concepción comprende, porque la comprensión del hombre, así como su vista, son limitadas.

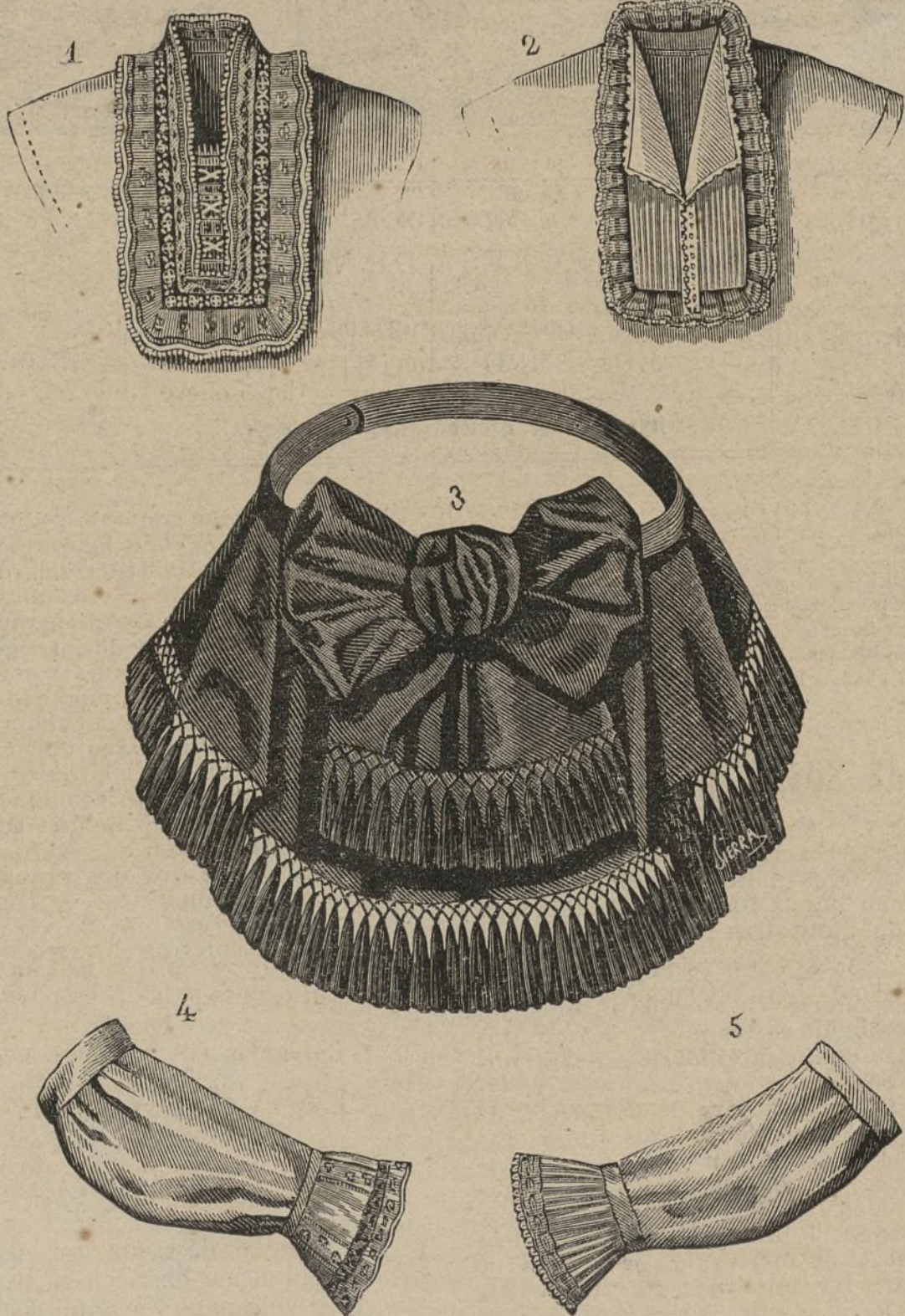
Paseaban por esta muralla, hace de esto algunos años, dos señores. El uno era alto, de buena presencia; el otro era más pequeño, algo agobiado y de semblante doliente y decaído.

—Paisano, —dijo en tono jovial el más alto al que lo acompañaba, —usted se hace del porvenir un monte, y yo lo veo muy llano.

—Llano, sí, —contestó el interpelado, —llano, como lo es el camino que desde Puerta de tierra conduce al campo-santo. Usted, que tiene su porvenir asegurado, puede vivir tranquilo; pero un empleado como yo, que tiene siempre la cesantía, como la espada de Damocles, amenazando su cabeza, no puede hallar sosiego ni gusto para nada. A pesar del juicio, modestia y economía de mi mujer y de nuestra vida retirada, apenas tenemos ahorros, pues habiéndome en poco tiempo destinado desde Málaga á la Coruña, desde la Coruña á Pamplona y desde Pamplona á aquí, los crecidos costes de los viajes los han absorbido todos.

—¿Y por qué, con mil diablos, fué usted empleado, paisano?

—Mi padre lo era, y antiguamente los hijos seguían las carreras de sus padres, sin aspirar á más que á distinguirse y subir en ellas, y los servicios de aquellos les servían de derecho y recomendación; pero desde que todos en España quieren empleos, y cada ministro y cada diputado tienen un ciento de ahijados que colocar, para que estos tengan cabida, se tienen que dejar cesantes infinitos empleados, por más que toda su vida hayan servido fiel é inteligentemente sus destinos... Yo no tengo protector ni me he afiliado á ningún bando político, y así, estoy seguro de quedar cesante muy en breve.



A. M.

—Paisano, no anticipe usted males.

—Señor don Andrés, más vale estar prevenido que recibir inopinadamente la noticia de su ruina. Si mi padre, que en descanso está, hubiese podido prever el porvenir, me hubiese enviado con usted á Lima cuando se fué; allí ha hecho usted fortuna, y ha logrado la suma felicidad, que es vivir independiente.

Habían llegado á una de las escaleras por las que se desciende de la muralla... Despues que la hubieron bajado, dijo don Andrés á su acompañante:

—Véngase usted á la nevería á tomar un helado.

—Gracias, —contestó el invitado. —Me voy, como tengo de costumbre, á mi casa, en la que rezamos el rosario; nos hace mi hija una lectura amena mientras cose mi mujer, ó jugamos una partida de tresillo; á las diez tomamos chocolate, y nos acostamos; esto es poco elegante, pero no nos cuidamos por la elegancia. No diga usted tampoco que rezamos el rosario: nos llamarían *neos*, lo que sería suficiente motivo para dejarme cesante.

Pocos meses despues, los temores del pobre empleado se habían realizado. Cesante y forzosamente desocupado, un hombre laborioso como él lo era, sin medios ni esperanza de mejorar su suerte, cayó en un profundo abatimiento que agrabó el mal de hígado que lo había lentamente acometido, y que de crónico pasó á agudo, y en breve plazo le ocasionó la muerte.

Desgarrador fué el pesar de su amante mujer y de su excelente hijo, joven de veinte años, que se había criado al lado de su padre para seguir su carrera, la que de todo punto se le cerraba, no teniendo cabida este joven capaz, excelente y modesto, entre la infinidad de pretendientes que no tenían ninguna de sus cualidades; pero que en su lugar contaban con osadía y un protector político cualesquiera.

Tres días despues del entierro, estaba la infeliz viuda recostada en un canapé, caída la cabeza sobre el pecho de su hijo que la tenía abrazada, y sin atender á las benévolas palabras de consuelo que don Andrés le repetía, á pesar de estar convencido de su insuficiencia. De repente levantó la pobre viuda su cabeza, y con los ojos secos y desatentados, exclamó cruzando sus manos:

—¿Qué va á ser de mí y de mi hijo?

—A grandes males, grandes remedios, —repuso don Andrés. —Su marido de usted me decía, que ojalá que

su padre le hubiese enviado á Lima cuando yo fuí: que vaya, pues, su hijo; yo le daré cartas de recomendación, en particular para la viuda del compañero que allí tuve; yo lo costearé el viaje... y me devolverá este desembolso cuando pueda hacerlo cómodamente,—añadió don Andrés, al notar que la viuda apurada iba á rechazar.—Señora,—prosiguió,—este sacrificio es necesario, y la única tabla de salvación que os queda en la cruel situación en que tanto el uno como el otro os hallais.

El corazón de la tierna madre se partió; pero no era posible rehusar, cuando su mismo hijo se hallaba dispuesto á seguir aquel amistoso consejo, y cual si no fuesen bastantes las lágrimas de la viuda, vinieron á aumentarlas las lágrimas de la madre, al ver la nave que encerraba al sólo objeto que amaba en este mundo, aquel hijo amante del que nunca se había separado, poner erguida la proa á la ancha mar, no dejando tras de sí sino una estela que borraban tan luego las aguas móviles del mar, como el tiempo borra el recuerdo.

Pasaron días, semanas, meses, pasó un año, sin disminuir en la pobre solitaria el dolor de la ausencia, y haciendo brotar y crecer en su corazón la más angustiosa zozobra, al ver que ninguna noticia de la llegada de su hijo á su destino recibía; y como si esto no bastase á colmar su infortunio, presentóse el cólera, y una de las primeras víctimas que escogió fué don Andrés, su único amigo, aquel por cuyo conducto esperaba recibir al fin noticias de su hijo.

La viuda había vendido cuanto tenía para mantenerse; pero siendo esto caro en Cádiz, vió con asombro que dentro de poco nada le quedaria.

Entonces hizo un paquete de lo estrictamente necesario, vendió lo restante por lo que la dieron, y se fué al muelle, en el que buscó un falucho de los que de los pueblecitos de la costa llevan frutas y legumbres á Cádiz, y se embarcó en él.—Durante la travesía se informó de un marinero joven, de si hallaría en el pueblo alguna casa en la que le quisiesen arrendar una habitación. El marinero contestó que su madre tenía una bastante capaz, por haber sido su padre albañil y haber agregádole por la parte del corral habitaciones, para que cuando sus hijos se casasen tuviese cada cual casa en que vivir, y que estando una desocupada no tendria su madre inconveniente en arrendársela.—Y así sucedió; por ocho reales al mes tomó posesion de una salita y alcoba, y por dos reales más puso la dueña en ella cuatro sillas toscas, una mesita de pino sin pintar, y una cama de bancos y tablas apolilladas. La viuda, del poco dinero que traía, separó seis duros, pensando: «esto compone un año de alquiler, de aquí allá sabré de mi hijo ó me habré muerto.» Pero ¡ay! ni una cosa ni otra sucedió... pasó el año, y no pudiendo ya pagar, dió la dueña por pretexto que uno de sus hijos mozos se iba á casar, para obligar á la inquilina á mudarse.

(Se continuará.)

REVISTA DE MODAS.

Elegancia, economía, sencillez, buen gusto, y sobre todo el sello de la distinción sin pretensiones, y en la cual descuelle la naturalidad que constituye la principal cualidad de una señora, es el plan que se ha propuesto seguir El Último Figurín, y que sobre todo se desarrollará en nuestras crónicas de modas, procurando que encuentren nuestras bellas lectoras descripciones de trajes que puedan utilizar, desde la dama más aristocrática hasta la humilde joven que carezca de grandes medios de fortuna.

Con frecuencia hemos escuchado los elogios que se prodigan á la clase obrera de Francia, por su aseo y elegancia en el vestir, y hemos visto hasta las jóvenes de la clase más ínfima con trajes que no desdeñaria, por su hechura distinguida, la más elegante señora: ese es el secreto, queridas lectoras, que cada cual con arreglo á su clase y los medios con que cuente, sin que la cuestión de lujo sea un gravamen para el hogar doméstico, vista con elegante sencillez, adoptando los modelos, y solo con la diferencia de los adornos,

á toda clase de telas y siguiendo las indicaciones que con el interés de una hermana cariñosa, ó de la amiga más fiel, haré en mis crónicas de modas.

Una á una presentaremos todas las maravillosas creaciones de la moda, esforzándonos porque sus secretos sean conocidos de nuestras lectoras, anticipadamente al público en general, reproduciéndolas con precisión fotográfica y apareciendo con sus múltiples trasformaciones, que es su verdadero encanto y seducción.

Los bordados, los encajes, las telas variadas, nuevas, graciosas, serán objeto para nosotros de interés particular, para transmitirlo con toda la verdad posible.

Aun no hace una semana, hemos visto dos elegantes vestidos, cuyas telas se habían comprado en París para las simpáticas americanas señoritas de D... y que el buen gusto de la modista, hada inteligente, y que con su varita mágica forma las más caprichosas creaciones, ha presentado cual dos modelos, bellísimos, y sobre todo, de infinita novedad.

Uno de ellos era azul, con un volante *duquesa* al borde de la primera falda; segunda falda adornada con otro volante, el que lo mismo que el primero, formaba solapas; la chaquetilla era semi-ajustada, pero marcando el talle por medio de un cinturón de seda azul, con anchas y largas caídas, y en los bordes encajes blancos, los que formando como cascadas sobresalían también entre las solapas del corpiño y faldas, pero con tal arte, que no parecia posible ver cosa más acabada.

El segundo modelo, digno también de Benita García, encargada especialmente de las confecciones para El Último Figurín, era de gró gris perla, con dos volantes fruncidos y tres cabecillas de ondas bordeadas con terciopelo negro.

La túnica es redonda, cerrada á un costado, larga por detrás y abierta, formando dos puntas; las ondas que bordean la túnica tienen ribete de terciopelo negro y un encaje blanco al rededor: este mismo adorno se repite en el corpiño, mangas y *puff*.

Ambos trajes pueden hacerse de popelina, batista, de lana, tartan ó lanilla, adornados, el primero con la misma tela y bordes de glase; y el segundo, con terciopelo, glase ó raso; y si la tela fuese muy sencilla, con cinta ó trencilla.

Como nuevo y elegante traje, que servirá de modelo para nuestras lectoras, citaremos el que la señora duquesa de L... ha lucido últimamente en un concierto en París.

Falda de seda formando listas negras y blancas, y adornada con cinco volantes al bias; polonesa de cachemir negro, bordada al pasado, ajustada, sin cinturón, y recogidos muy altos de los costados; un ancho fleco de borlas adorna la polonesa. En otro traje de la misma forma hemos visto un cinturón de gró de Lyon, color granate, anudado como una faja á un costado, y que hacia un efecto muy bello, sobre todo para jovencitas.

Las mañanas y noches frescas empiezan, y es preciso pensar en cubrirse en el interior de la casa con un abrigo, ligero aún y á la par elegante, y nada más á propósito que un gabancito semi-ajustado de paño muy fino, azul, con terciopelos negros al rededor de la aldeta, que es cuadrada, abierta en los costados y la espalda, bajando el adorno formando dibujo desde el cuello; puede hacerse también de cachemir sencillo, adornado con trencillas negras estrechas, figurando arabescos.

Gran variedad se nota en las telas que de París recomiendan para la próxima estación, y de las cuales muy pronto podremos tener muestras para ofrecerlas á las lectoras de El Último Figurín, citándose entre ellas la *seda lombarda*, especie de paño con mezcla de seda, *popelina de Bury*, Walter-Scott, precioso tejido para impermeables, y tartanes de los colores más deliciosos.

Como el sol de otoño, aunque un poco pálido, lanza todavía rayos ardientes, aconsejaríamos usar con los vestidos de seda, cuya frescura haya sufrido algun deterioro, las túnicas largas de crespon de Osaka, negras, marrón ó blancas, que tan buen efecto causan, cuyo precio no es demasiado subido, y que más tarde servirán para recibir de confianza.

Los sombreros de terciopelo y de fieltro son los que reinarán sin rival, formando como una *pamela* vuelta en diadema, adornados en la copa y con cintas, modelo tan gracioso como general para todos los tipos.



EXPLICACION DE LOS SIETE MODELOS.

I. Traje para paseo de seda negro y terciopelo.—Dos volantes fruncidos adornan la primera falda, con dos anchos biesses de terciopelo, figurando volantes pequeños, y un rizado de lo mismo con dos cabezillas. Túnica de terciopelo negro, formando segunda falda, redonda por delante en delantal, puntas largas por detrás, figurando conchas de cada lado; está adornada con pasamanería y guipure; chaqueta ajustada con puntas á los costados y aldetas largas por detrás en tablas; lazo de terciopelo, y el adorno del pecho y espalda berta cuadrada; manga de codo, sombrero redondo con plumas.

II. Vestido de faya color granate.—Primera falda con dos volantes; el dibujo del adorno lo forman terciopelos figurando en-

trechos; túnica larga, cuadrada por delante, adornada con un volante y terciopelo; por detrás es redonda y abierta, recogida hasta cerca de la cintura con un lazo de terciopelo y caídas; corpiño con aldetas, cuya forma imita á la segunda falda, largo por delante, corto por detrás; berta en punta hasta el talle, sujeta con un lazo de terciopelo; el sombrero es con bridas y adornado con plumas.

III. Traje de casa.—La falda es rasante de popelina color violeta; corpiño con aldetas, figurando estas chaleco Luis XV, cuadradas por detrás, adornadas con cluny negro y bies de raso color violeta; mangas de codo con guarnición de cluny.

IV. Traje para comida de confianza.—Vestido de glasé color

habana claro, adornado con bandas de terciopelo castaño y volantes tableados, el primero con cabezilla ancha; túnica muy corta por delante, con *puff* y dobles solapas á cada lado, la primera corta, la segunda se prolonga hasta el borde de la falda, con caídas adornadas con fleco; pelerina abierta, redonda por detrás, guarnecida con un tableado y un terciopelo; manga de codo.

V. Traje para recibir de confianza.—Falda de cachemir gris; es de cola, y lleva un doble tableado con un terciopelo granate; el volante es recto por delante, y forma picos por detrás. El modelo de este traje es *gabriela* por delante y tablas por detrás; berta formando punta, adornada con un terciopelo granate, un tableado y un fleco; mangas *paje*, con el adorno igual

al vestido; a lomo de encaje blanco con caídas en la cabeza.

VI. Traje de lujo.—Vestido de terciopelo negro; primera falda adornada con una elegante pasamanería y un ancho fleco de borla. Túnica lisa por delante, con *puff* y guarnecida con encaje, aplicación de Inglaterra, y hojas de pasamanería; pelerina corta, sombrero de terciopelo negro, adornado con flores y encaje blanco.

VII. Vestido de paño verde.—Un ancho volante á la rusa guarnece la primera falda. La túnica es abierta por delante con fleco y *puff*. *Dolman* con mangas anchas, adornado con pasamanería, pieles y cordones gruesos. Sombrero de fieltro negro, adornado con terciopelo y plumas.

Los velos cuadrados de encaje, imitación ó tul, están llamados á ocupar ventajosamente el puesto de las tocas, aun cuando estas, un poco mayores que eran anteriormente, se llevarán también, siendo lindísimo para las jóvenes recoger la punta izquierda al lado derecho con un lazo que armonice con el color del vestido, colocándose otro igual en la cabeza, á la izquierda, pero bastante alto.

No debemos olvidar á las jóvenes madres, y en nuestras revistas encontrarán las descripciones más extensas para vestir á los geniecillos del hogar doméstico, que son la cadena más dulce del matrimonio y la alegría de la vida íntima.

Ví un trajecito para niño de cinco á siete años, y puedo asegurar me pareció lindísimo: la faldita era tableada de paño muy ligero, marinera de listas azules y blancas, con un cuello ancho, y la corbata y cinturón de seda, con las mismas listas, pero atravesadas, en lugar de estar al natural; una *vesta* inglesa como un paletó corto, con las aldetas abiertas, bordeadas con trencilla negra, y abotonado sólo en el cuello; las caídas del cinturón largas: era tan caprichoso, que no podríamos recomendar cosa más á propósito para la estación presente.

En nuestro próximo número nos ocuparemos de las niñas muy particularmente, y de consejos especiales concernientes á los objetos de tocador.

La Baronesa de Wilson.

LA JOYA MILAGROSA.

Hay, según los navegantes,
allá lejos un país,
cuyos pobres habitantes
andan á todos instantes
con sus bienes en un tris.

Ya un espantoso huracán
hace en la cosecha riza,
ya sepultura le dan
las piedras, lava y ceniza
de un repentino volcán.

Los de ilustre jerarquía
y los míseros gañanes,
todos viven entre afanes,
recelando cada día
terremotos y huracanes.

Para auxilio en tales daños
entrega el común Señor
allí á cada morador,
ya desde sus tiernos años,
una joya de valor.

Y tales prodigios obra
la joya á los niños dada,
que con ella todo sobra,
y sin ella no se cobra,
de lo que se pierde nada.

Sin embargo, aquella gente
se echa tanto el alma atrás,
que es la cosa más frecuente
perder la joya excelente
y no recobrarla más.

Causará sin duda espanto
su locura; pero ¿qué!
¿nada igual aquí se ve?
¿No hacen muchos otro tanto
con la joya de la fe?

Y sus luces, en verdad,
son las que nos guían solas,
á puerto de claridad
en la noche y en las olas
de la ruda adversidad.

Juan Eugenio Hartzenbusch.

EL PAN NUESTRO DÁNOSLE HOY.

¡Quien da á los pobres presta á Dios! Sublimes palabras del eminente Víctor Hugo, que encierran la expresión de la más

acendrada caridad, y el pensamiento del bellissimo cuadro de Serra, que hoy presentamos á nuestros lectores.

¡La caridad! madre tierna y cariñosa para los desheredados que faltos de todo consuelo, ven llegar el nuevo día con el llanto en los ojos y la amargura en el corazón; providencia de los desvalidos, de los pequeñuelos que exánimes piden un pedazo de pan por el amor de Dios.

¡La Caridad! virtud la más dulce y satisfactoria, que inunda el corazón de placida alegría, y que ilumina con los destellos de la gratitud á los que ven renacer su esperanza ya perdida.

Esa niña besa el pan de la caridad cristiana: en sus ojos resplandece la fe, y sus labios murmuran una oración y mil bendiciones, que suben hasta el trono del Señor.

¡Dichosos los que pueden sembrar tan dulces frutos, porque la limosna es hermana de la oración, y dota á los buenos con la felicidad eterna, con las bienaventuradas riquezas, con el amor de las familias, con la admiración de los que nos rodean, y hasta con el respeto de los malvados!

Derramad el pan nuestro de cada día, y en vuestro hogar resplandecerá la paz y la tranquilidad más pura, y al llegar, como el cansado peregrino, al término de vuestra carrera, las alabanzas de los pobres, sus fervientes súplicas os conducirán, perdonadas vuestras faltas, á la celeste mansión de los justos.

El pensamiento paternal para los pobres, es la ley fraternal para la humanidad.

Hinnova.

REVISTA DE TEATROS.

Pasó el verano.

Y tras el verano vino el otoño, como es uso y costumbre de tiempo inmemorial en los rutinarios dominios de la naturaleza.

Con el verano pasaron los calores, las tertulias del Prado, los fantásticos y espléndidos bailes del Circo de Rivas, las piruetas del de Price, los conciertos del Retiro, y otras muchísimas cosas que no nos es permitido analizar.

Con el otoño han venido las ferias, las húmedas brisas, los frecuentes nubarrones, los dorados racimos, las familias expedicionarias, y la apertura de los teatros de Madrid, si bien al escribir estas líneas aun no lo han hecho el de la Opera y los Bufos Arderius, que es como si dijéramos los dos polos del arte.

El principio de la temporada ha estado bastante frío, no en cuanto al público, que ha llenado ansioso los coliseos, sino en cuanto á las obras que se han presentado. De ellas podemos decir lo que Rossini cuando se le preguntó su opinión sobre la música de Verdi: «Nilo nuevo es bueno, ni lo bueno es nuevo.»

Y con sentimiento lo decimos, porque nuestro mayor placer sería prodigar aplausos á manos llenas, sabiendo que los prodigábamos con justicia.

Al inaugurar nuestras tareas, pensábamos ser más narradores que críticos, y robarle todo el más espacio posible á la censura para dárselo á la exposición del asunto y fin moral que entraña cada obra digna de este análisis; mas por hoy, aunque con propósito de enmienda, faltaremos á dicho propósito, sirviéndonos de disculpa el atraso con que nuestras lectoras recibirán esta desaliñada *Revista*, la idea de que para entonces se conocerán nuevas obras que reclamarán toda su atención, y la poca importancia de las que hasta ahora nos han dado los teatros.

Sentado este precedente, introducción, prólogo, ó como quiera llamársele, que hemos juzgado necesario, pasemos á justificar la frase de Rossini en la aplicación que de ella hemos hecho.

* *

Preséntase Jovellanos con muchos bríos, acompañado en todos los periódicos por el más estrepitoso de los instrumentos, y con gran lujo de vestiduras orientales.

Pero ¡oh dolor! ¡oh desengaño! Los que acababan de ver las maravillas de *La hija del fuego*, se quedaron tan frescos ante las decoraciones de *Ali-Babá*.

El teatro más favorecido del público el año anterior, no llenaba los deseos de los espectadores.

Todavía, sin embargo, podía abrigarse una esperanza: el interés del asunto, auxiliado por la inspiración de Bottesini, podía llenar el vacío que se había formado en el corazón de los oyentes.

Sí, era posible, era más que posible probable; esperemos.

¡Nueva sorpresa!

—¿Dónde he oído una cosa igual?—preguntaba uno.

—Yo conozco esto,—decía otro.